

trabajo social

88-1396

pedro borro

graciela casa

grace clar

asa cristina laure

sandra huenchua

howard litw

juan lópez dobla

cristina pére

enrique velázque

y

**adultos
MAYORES**



'Buena hija, madre y **esposa**'

Los roles de género
en las trayectorias
de vida de mujeres
adultas mayores en la
ciudad de México



Resumen

El proceso de envejecimiento en México puede ser analizado desde varias perspectivas metodológicas. Una de ellas es precisamente la cualitativa, que introduce la percepción de las personas que experimentan la vejez. Es en este sentido que en el presente trabajo se analizan las vivencias de algunas mujeres en el transcurso de su vida, la cual se concretó en determinadas condiciones económicas, familiares y sociales, justo en la última —cada vez más prolongada— etapa de su vida.

Utilizando algunas entrevistas realizadas a profundidad con mujeres de 60 años y más, se reconstruye su trayectoria y se ponen en evidencia los procesos familiares que vivieron desde niñas, así como las carencias que sufrieron como madres y esposas. Cada etapa del curso de vida de estas mujeres aportó elementos para entender que la vejez no es sólo una construcción social que se transforma históricamente sino también es un proceso de desigualdad y desventajas que se gesta desde el nacimiento de esas mujeres.

Palabras clave: envejecimiento, trayectorias, transiciones, curso de vida, género, condiciones sociales, desigualdad social, tomas de decisión

Introducción

Este documento presenta, desde una perspectiva sociológica, el análisis de varias trayectorias de mujeres que actualmente viven la etapa de la vejez. Si bien es cierto que la vejez es una construcción social, también lo es que tiene una parte de las peculiaridades de los individuos, en las que intervienen sus oportunidades, decisiones y experiencias personales a lo largo de su vida. En este sentido, no puede haber mejor forma de entender este proceso que utilizar un método que analice las historias de vida de los sujetos que envejecen. Por esta razón, se entrevistó a varias mujeres adultas mayores en la ciudad de México, quienes contaron

su historia, la cual fue interpretada desde la personal óptica de la autora. Un objetivo adicional fue presentar estos casos ante el sector académico, que muchas veces desconoce lo que implica existencialmente el proceso del envejecimiento demográfico.

Las mujeres aquí entrevistadas representan la última categoría en la estructura social; son, de hecho, invisibles para los políticos y para la gran mayoría de académicas, incluso para aquellas consideradas como feministas. La idea es que entedamos sus experiencias y percepciones de la vida recordada desde una óptica sociológica que permita dar cuenta de las diferencias de género y clase social en la vejez.

El presente documento se divide en varias partes: inicialmente se ofrecen algunas consideraciones sobre el análisis cualitativo y el envejecimiento; en un segundo momento, se recuperan algunos elementos del perfil sociodemográfico de las mujeres de 60 años y más, residentes en la ciudad de México, y, finalmente, se analiza e interpreta la historia de vida de tres mujeres, haciendo énfasis en su rol femenino y en las experiencias y percepciones individuales y familiares a lo largo de su trayectoria de vida.

1. El análisis cualitativo y la investigación sobre el envejecimiento

En la investigación sociodemográfica sobre el envejecimiento en México, el uso del análisis cuantitativo (basado en encuestas y censos) se ha convertido en práctica común y muy tonificante en el estudio tanto de las condiciones sociales de la población anciana como de los efectos del progresivo cambio en la estructura por edad. Por el contrario, el análisis cualitativo —hasta donde se conoce— ha sido poco desarrollado, sobre todo en función de lo relacionado con

el proceso de envejecimiento mexicano (Cano y Radkau, 1994, Zúñiga, *et al.*, 1993; Varley y Blasco, 1998; Reyes, 1999)¹. Es evidente que nos encontramos ante un amplio campo de investigación cuya metodología y técnicas nos remiten a un conocimiento aún inexplorado. Este artículo representa, así, un primer acercamiento al mundo de la subjetividad, a la experiencia vivida y a los sistemas de significación compartida (Szasz y Lerner, 1992), para conocer cómo se construye y cómo vive la vejez femenina en la ciudad de México.

Entrevistar a mujeres en edad avanzada implicó (desde la observación retrospectiva) conocer su actuación frente a ciertos acontecimientos históricos, la fuerza de las relaciones de género en esas generaciones, así como las experiencias que tuvieron que vivir ante sucesos críticos como la orfandad, la migración, el abandono, el matrimonio, la maternidad, el divorcio, el desempleo, la pobreza, el retiro, la viudez, entre otros acontecimientos, que se presentan a lo largo de su vida y que adquieren relevancia junto con las coyunturas política y económica, las cuales, en determinados periodos, pueden desviar u orientar su trayectoria de vida (Höhn, 1987, Tallman, 1986; Tuirán, 1990)

Si este trabajo se pudiera situar en alguna postura sociológica, de acuerdo con el trabajo cualitativo que se realizó sería un trabajo de tipo interpretativo, es decir, se asume que la gente hace cosas que son significativas para cada cual en términos de reglas o normas culturales, lo que no excluye la posibilidad de que su significado sea —de alguna forma— racional.

A partir de esta experiencia, creo que la investigación sobre envejecimiento en México tiene que hacer mucho para entender que la vejez no es una etapa que empieza cuando cumplimos 60 años; es un proceso que involucra las dimensiones profundas del individuo, el papel de la familia, de la comunidad y de las instituciones. En este sentido, es válido entender la vejez como un proceso que se gesta desde el nacimiento. En otras palabras, ¿cuáles son las circunstancias por las que atraviesan las personas en el transcurso de su vida para llegar a la vejez en situación de desventaja? ¿será que la vulnerabilidad de las mujeres se construye progresivamente, incluso desde edades tempranas?

1 Linda Martin y Kevin Kinsella han mencionado que los estudios etnográficos y otro tipo de recolección de datos cualitativos han encabezado la investigación social sobre envejecimiento en los países en desarrollo. Su interés en este tipo de temas se expresa en la mayoría de las publicaciones del Departamento de Antropología de la Case Western Reserve University, que fundara en 1986 el *Journal of Cross-Cultural Gerontology*.

2 Se agradece la participación de Reyna Hidalgo, Bethzaida Morales y de Leticia Cuevas quienes realizaron 28 entrevistas a profundidad a hombres y mujeres de 60 años y más.



Para responder a esas interrogantes se realizaron entrevistas que nos proporcionan información sobre cómo se construyen las condiciones sociales a lo largo de la vida. La vejez, en este sentido, se analiza tanto como un conjunto de experiencias como de desventajas acumuladas y diferenciadas por género, las cuales se visualizan a través de una limitada estructura de oportunidades, circunstancias cuyo poder de discriminación sólo es visible en su real magnitud a través del enfoque de trayectorias. De allí que se consideró relevante presentar la interpretación que sugieren los relatos de algunas de estas mujeres, con el fin de abordar una parte de la compleja situación de las personas adultas mayores en la ciudad de México².

2. Las mujeres adultas mayores en la ciudad de México

Actualmente (en el año 2000), en la ciudad de México el número de mujeres de 60 años y más es de 428,337. Esto representa 9.5% de la población femenina del Distrito Federal y, a la vez, el 13.5% del conjunto de la población femenina en edad avanzada de todo el país (INEGI, 2000). Ellas sobrevivieron a las etapas históricas de mayor mortalidad en México; transitaron de una esperanza de vida de 30 años en las primeras décadas del siglo xx a la expectativa actual de 79 años (cuatro años más que los varones). De hecho, son ellas quienes con mayor frecuencia llegan a alcanzar más de cien años (en el año 2000 se reportó a 750 mujeres que dijeron tener 100 años o más).

En la ciudad de México la situación sociodemográfica de las mujeres adultas mayores adquiere rasgos peculiares a partir de su mayor longevidad, lo cual se manifiesta en su papel al interior de su hogar

y el significado que tiene su situación residencial. Aquí –en la ciudad de México– puede decirse que hay cuatro grupos de mujeres ancianas que llaman la atención, específicamente por su situación residencial: en primer lugar sobresalen las mujeres que viven en hogares familiares; enseguida, resaltan las que viven solas, en tercer lugar están las que viven en residencias colectivas (asilos ó instituciones de cuidados prolongados) y, por último, aquellas que carecen de hogar y que de alguna manera viven en situación de calle.

Entre las mujeres de 60 años y más, en la ciudad de México nueve de cada diez viven con familiares, y casi 10% solas; en muchos casos son mujeres que aún viven con su esposo e hijos; otras ya experimentaron la viudez, la separación o el divorcio o han transitado a lo que se denomina en la investigación sobre el ciclo de vida familiar como *etapa del nido vacío*. Otras más, nunca se casaron y tampoco tuvieron hijos, por lo que su única alternativa de residencia –ante la renuencia y dificultad de parientes cercanos de hacerse cargo de ellas– es vivir solas o en un asilo. Muchas mujeres son jefas de hogar, pero en algunos casos han cedido tal jerarquía a alguno de los hijos o yernos, generalmente a quien sostiene económicamente el hogar.

Aunque las mujeres ancianas que viven en asilos o en situación de calle no son materia de este artículo, se hace necesaria una investigación sobre ellas que sirva tanto para la supervisión de los programas de asistencia social como para las instituciones de cuidados prolongados, públicas o privadas.

3. La experiencia vivida y la percepción sobre la vejez femenina

En este apartado se presenta parte del análisis de las entrevistas a profundidad realizadas con tres mujeres de edad avanzada que viven en la ciudad de México, en diversas situaciones familiares y de residencia: Doña A y Doña G viven con familiares y con otras personas, y Doña W vive sola. La interpretación de estos casos ha permitido conocer cómo las circunstancias sociales han determinado la trayectoria de esas mujeres y cómo definen éstas, en cierta medida, su vejez. La condición de género es otra de las constantes en estas mujeres, que se expresa de diversas maneras al haber alcanzado cierta edad o una vez que han experimentado la maternidad y la crianza de los hijos.

Esta información ilustra la historia personal de algunas mujeres, las adversidades que tuvieron que afrontar y que en alguna medida constituyen los antecedentes de su vejez.

Vivir en familia

Primer caso: Jefa de hogar ampliado, sector popular, estado funcional aceptable, generación joven.

Antecedentes biográficos

Doña A tiene 64 años; nació en San Luis Potosí, en 1934, pero desde los nueve años radica en el Distrito Federal. Su familia de origen era de seis miembros con cuatro hijos. Ella sufrió la muerte de su madre cuando aún era muy pequeña; hoy sólo ella y una de sus hermanas sobreviven.

Reside en su hogar con su padre, un hombre de más de 80 años. La señora A se considera aún casada, aunque desde hace tiempo vive separada de su esposo y nada sabe de él. Durante la entrevista dijo que tiene vivienda gracias a su trabajo de portera (conserje), por lo que puede considerarse que es la jefa de su hogar.

Doña A tuvo una vida llena de circunstancias difíciles cuya constante fue la pobreza; el hambre la obligó a trabajar en el servicio doméstico desde niña. Según ella, el haber trabajado desde su infancia para comer y vestir la ayudó a sobrevivir en una época de gran escasez (hay que recordar que en esos tiempos la migración rural-urbana –a veces de familias completas– se debió en gran parte a la depauperación del campo mexicano, y que la industrialización del país, concentrada en algunas zonas como el Distrito Federal; atrajo a grandes flujos de población que se ocuparon como obreros y asalariados). Fue una época en que las mujeres de la ciudad se dedicaban principalmente a atender su hogar, y en la que la incursión en la educación era muy limitada. De ahí que la Sra. A sólo cursara el primer año de primaria y que ni siquiera hubiera aprendido a leer y escribir bien; ella se casó a los 29 años, en 1963 –matrimonio tardío para el promedio de su generación–; tuvo tres hijos varones, de los cuáles sobreviven dos (su primer hijo nació en 1964, el segundo en 1965 y el tercero en 1966).

Durante su matrimonio continuó trabajando en labores de lavandera y planchado de ropa ajena, contribuyendo así en gran medida al bienestar de su familia.

Sin los más mínimos estudios, estas mujeres no tenían más opción que emplearse como trabajadoras domésticas, actividad muy socorrida ya que se podía compaginar con la crianza de los hijos y el propio trabajo del hogar.

La Sra. A dejó de laborar a los cincuenta años, cuando sus hijos empezaron a trabajar; sin embargo, como portera de un edificio sigue desempeñando tareas de limpieza para ganarse la vivienda. A sus hijos los ve cotidianamente, pero es el mayor de ellos

A pesar de su origen y de las condiciones en que crecieron sus hijos, Doña A los percibe realizados, con un buen trabajo y seguridad económica. Pero su ilusión es que en el ocaso de su vida pueda ir a vivir con alguno de sus hijos, en especial con el mayor, ya que dentro de poco se quedará sin vivienda y es muy probable que se vaya a refugiar con él; sin embargo, piensa en esta posibilidad con recelo, pese a que no parece ser una persona que vaya a causar problemas a sus familiares, pues es notoria su actitud de respeto y servicio hacia su padre con quién vive: lo cuida y aunque es un hombre sano, cree firmemente que es su deber atenderlo.

Actualmente Doña A se siente triste y cansada; dice que desea vivir no más allá de los 70 años.

Interpretación: La continuidad de los roles desde la infancia

Esta mujer (doña A) vivió durante su infancia, adolescencia, madurez y vejez en un medio cuya precariedad económica fue la constante. Desde niña trabajó sirviendo a otros, lo cual podría ser considerado como una estrategia de manutención: primero para comer y vestirse, posteriormente para ayudar a sus hermanos y, finalmente, para mantener a sus hijos y ayudar a su padre. Durante su matrimonio, que en términos reales duró entre 20 y 25 años, ella continuó trabajando. La necesidad de conseguir recursos le impidió pensar en su propia existencia, sin embargo, en cada etapa de su vida se dieron circunstancias que le permitieron saberse útil y necesaria. La sensación de ser útil —que subyace en la construcción de género de esas generaciones— reafirma el papel que tienen las mujeres en una sociedad que las devalúa *per se*. De ahí que la mujer sólo adquiere valor en ciertos roles que le han sido impuestos socialmente. Es más, la Sra. A se siente satisfecha por *"el deber cumplido"*, siendo los sacrificios de *la buena hija, la buena madre y la buena esposa* una obligación en su condición de mujer. Esto se refleja claramente cuando habla de sus nietas. No obstante, su primera impresión cuando supo que era abuela le dejó una sensación de tristeza; *porque nacieron mujeres y lo mismo que uno sufrirán*. La referencia a uno sugiere el efecto que tuvieron en su vida las normas sociales que les fueron impuestas, como una condición dada de la que incluso sus nietas no podrán escapar.

La vejez de Doña A transcurre con el temor de vivir sola, de que nadie la necesite, de tener *"achagues"* y convertirse en un ser inútil: *"hay de mí cuando papá me llegue a faltar, ¿qué voy a hacer?"*, *"mi futuro será cuidar a mi papá hasta que Dios me lo deje"*, son frases que alertan sobre lo amenazante que resulta no sentirse necesaria, ya que la felicidad

de los otros es su propia felicidad, lo que le permite sentirse satisfecha de la vida. Por eso, de manera idealizada desea vivir sólo unos cuantos años más.

Durante la entrevista con la Sra. A no se apreciaron deseos o anhelos frustrados directamente relacionados con ella o con sus hijos: ella no pudo construir proyectos propios, pero a través de sus hijos pudo realizarse. A pesar de los años de grandes devaluaciones y de crisis económicas en el México que vivió, nunca decayó su disposición de servicio, y aunque los problemas realmente se redujeron a lo económico, sí repercutieron en que sus aspiraciones personales fueran un lujo que jamás pasó por su mente: olvidó sus propias necesidades al satisfacer las de los demás; el sentimiento de sentirse necesaria predominó y continua hasta el momento, ya que cuida de su padre octogenario.

En su vida temprana hubo ausencia de amor y afecto que sólo se compensaron con el nacimiento de sus hijos, pero nuevamente los perdió cuando estos crecieron y se fueron a formar su propia familia. Doña A añora ese afecto, y reclama el ideal de que las personas de su edad deben vivir con sus hijos: *"ahora que todo nos duele —dice—, que haya alguien que esté al pendiente de uno"*. Ella busca que su ejemplo de abnegación sea reproducido por sus hijos y anhela vivir con su hijo mayor, pero es evidente que la cercanía afectiva con esa familia no es factible.

A pesar de que sus dos hijos trabajan, sólo el mayor la procura económicamente, le proporciona un servicio médico privado (a través de sus propias prestaciones como trabajador bancario) y la visita todos los días. Por eso ella se siente respaldada, incluso en los momentos de emergencia.

Aunque vive con su padre, el apoyo que recibe de él es meramente afectivo, es su compañía, lo cual representa un factor determinante para su identidad femenina. El cuidado y la atención que proporciona a su padre se explican por las circunstancias que vivió en su niñez, y que nunca le permitieron desligarse del papel que como mujer le impuso la sociedad; su desarrollo personal nunca fue una cuestión importante en su infancia ni en su juventud ni en su madurez, ni siquiera es una cuestión digna de tomarse en cuenta en su vejez.

En cuanto al apoyo institucional, doña A casi no lo utiliza, a menos que se enferme, pues desconoce los programas de las instituciones encargadas de la atención integral para las personas en edad avanzada y no muestra interés por conocerlos.

La percepción de ésta mujer respecto del envejecimiento es una sensación de tristeza por la pérdida de la estructura familiar, ya que está profundamente identificada con su papel de ama de casa; también son motivo de tristeza para ella la enferme-

dad, el deterioro y los "achaques", porque siente que son la antesala de la inutilidad —que asocia con esta etapa de su vida. Sin embargo, con la sola presencia de sus parientes cercanos se siente afortunada, sobre todo porque sigue siendo necesaria para alguien, ya que sus expectativas se cumplen en sus hijos. Esta mujer envejecida continúa, en una especie de prolongación, su rol social fundado en el género; subsiste en ella la idea de servicio y la inmensa necesidad de saberse útil.

Los aspectos relacionados con su condición y la devaluada función de las mujeres en la sociedad muestran que no hay propiamente un rechazo respecto de su rol como mujer, sólo aparece este conflicto cuando doña A habla de sus descendientes femeninas, en este caso sus nietas. Prácticamente "su realización" —por llamarla de alguna manera— no fue la suya, su papel predestinado se consumió a pesar de las múltiples muertes y abandonos familiares que debió sufrir, a pesar de un contexto histórico adverso, e incluso del olvido de sus anhelos.

Segundo caso: Jefa de hogar nuclear, sector medio, estado funcional aceptable, generación joven.

Antecedentes biográficos

Doña G tiene 61 años, nació en la ciudad de México, en 1937. Su familia de origen estaba formada por sus padres y cuatro hermanos (dos de ellos del primer matrimonio de su madre). Sabe leer y escribir

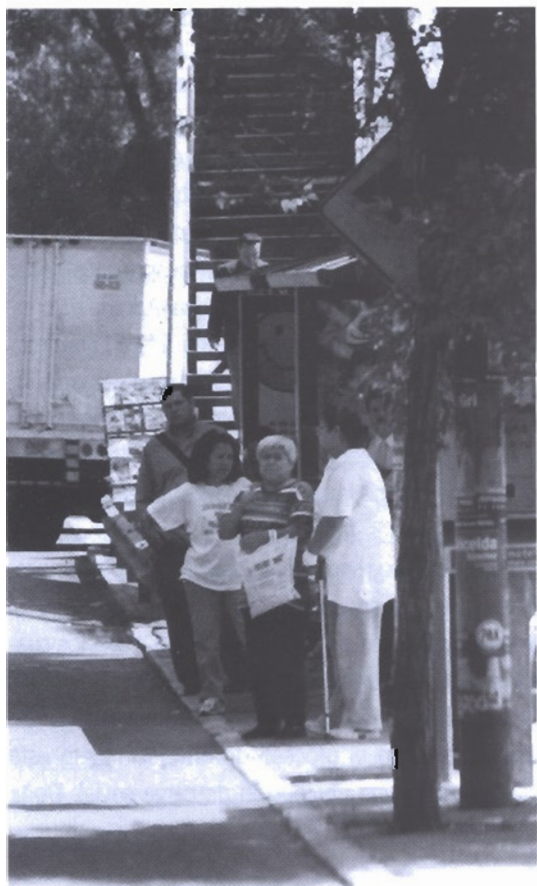
porque cursó la primaria completa; sus padres ya murieron, y ella se casó cuando tenía 19 años. De su único matrimonio tuvo nueve hijos, pero actualmente es viuda (su esposo murió en 1988 a consecuencia de un paro cardíaco); es jefa de hogar y propietaria de la vivienda donde reside con cuatro de sus hijos solteros. Aunque ya no trabaja por un sueldo pues sus hijos *le dan el gasto*, cuando tenía 40 años se vio en la necesidad de trabajar en el servicio doméstico (recomendada por su madre, quien laboraba en el mismo oficio) durante casi 15 años con el fin de ayudar a su esposo (quién era albañil) en el sostenimiento de sus hijos para poder brindarles la oportunidad de prepararse —de lo que ella careció—, con la esperanza de que después pudieran conseguir un buen trabajo.

La señora G dejó de trabajar a los 55 años, principalmente porque le dolían sus piernas, y ahora sus actividades, básicamente domésticas, se giran alrededor de sus hijos solteros que viven con ella, pues prácticamente no tiene amistades que la frecuenten; se puede decir que es económicamente dependiente, sobre todo de los hijos que trabajan, pero también existe una dependencia afectiva de sus hijos y de algunos de sus cinco nietos (dos de ellos viven muy cerca de su casa).

Ser esposa y madre, no mujer (interpretación)

La Sra. G. no vivió en un contexto de extrema escasez económica, lo que le permitió estudiar en su infancia y aprender a leer y a escribir bien. Sin embargo, esta escasa educación poco le sirvió para tener una vida mejor, ya que durante un tiempo tuvo que trabajar en el servicio doméstico. En su época, para muchas mujeres la educación no representó una oportunidad de movilidad social; había una determinación de su condición económica sobre la actividad del marido. En esa época el mercado de trabajo no se había abierto completamente a la población femenina aún cuando, como aparato burocrático, el Estado se expandía notablemente; no sucedía entonces lo mismo con los hombres: ellos podían aprender a leer en su trabajo, se capacitaban en la industria y podían con esa actividad adquirir cierta experiencia que les permitía ascender socialmente.

El esposo de Doña G, aunque albañil, al parecer vivió en una época en que la construcción era bien pagada. Por ello, durante una primera etapa la señora pudo dedicarse prácticamente de tiempo completo a la crianza de sus nueve hijos. Cuando los mayores se convirtieron en adolescentes, ella percibió la necesidad de trabajar para contribuir a cambiar el rumbo que pensaba le esperaba a sus hijos: "yo quería que mis hijos estudiarán. Empezaron a meterse



a la secundaria y luego mi hija se metió a la escuela para maestros —a la normal. Yo quería que fueran otras gentes”. Es decir, lo que la motivó a trabajar fue tratar de dar a sus hijos algo mejor de lo que ella había recibido. Esa fue su aspiración y principal fuente de satisfacción: “era el gusto de poder tener para mis hijos”

En cuanto a ella, poco se ve en relación con su propio desarrollo. Su percepción acerca de su experiencia laboral es “buena”, “porque aprende una muchas cosas que no sabe de su casa, y estando con varias personas se aprende más”. Así, aprendió cosas que corresponden al ámbito doméstico (al parecer único espacio donde se podían desempeñar las mujeres de esa generación. después de cierta edad, a veces posterior a la infancia, lo común era prepararse para ser madre —no mujer—) sin sentir deseos que pudiera satisfacer. Esto se hace evidente cuando ella habla de su sexualidad: “es buena ahorita, pues ni la deseo”. Con estas mujeres fue muy difícil de abordar el tema de la sexualidad; una vez que han entrado a la vejez, su vida sexual no es un factor que perciban separadamente de la actividad reproductiva, concepto que parece cambiar en las mujeres de generaciones más jóvenes.

Actualmente las aspiraciones de la Sra. G están cifradas en el tipo de relación que tiene con sus hijos. En su casa viven sus cuatro hijos aún solteros y es ella quien los atiende. La rutina diaria de su hogar cubre todo su tiempo disponible y, como ella es la propietaria de la casa, esto le da facultad para ejercer la jefatura del hogar e intervenir en las decisiones domésticas que atañen a sus hijos. Sin embargo, sus decisiones nunca han sido en su beneficio, nunca programó su vida y mucho menos su vejez. Hay efectivamente una realización, pero está dada en función de los demás miembros de su familia.

En cuanto a apoyos, la señora depende económicamente de sus hijos varones, quienes le dan el *gasto* (exclusivamente para la comida, pero nada para ella); aparte de ellos no tiene a quién recurrir pues no tiene una vida social más amplia. Por eso su necesidad de afecto la vuelca en ellos; cuando necesita ayuda, ella sólo piensa en sus hijos, ni por asomo en alguien más “yo recurro a mis hijos porque me da pena molestar a otras personas”. Al respecto, en el fondo surge la idea de que es su familia la única que podrá proporcionarle los recursos y el apoyo necesarios en su vejez. El evidente aislamiento social la obliga a pensar que es su familia de residencia la que debe asegurarle el bienestar. ellos verán por ella como ella vio por ellos. Se podría interpretar, deducir que sus hijos representan la seguridad en

esta etapa temprana de su vejez. Pero también nos surge la duda de lo que pasará cuando sus hijos ahora solteros formen sus propias familias ¿seguirán apoyándola? Ahora la sostienen únicamente sus hijos solteros, pero el que los otros cinco hijos no contribuyan a su bienestar nos hace dudar que los solteros que ahora la procuran continúen haciéndolo. No obstante, es con ellos, con quienes asocia su satisfacción personal: “siempre se ha cumplido lo que yo he anhelado, principalmente lograr que mis hijos tuvieran una mejor educación, y un trabajo mejor”. Pero ¿y ella?

El apoyo institucional es prácticamente nulo, porque, evidentemente, ella no goza de una pensión por viudez —cosa frecuente entre las esposas de los trabajadores de la construcción. Aunque cuenta con servicio médico (IMSS) por parte de sus hijos, al que sólo recurre cuando se siente enferma, procura no utilizarlo por la mala calidad de la atención. Sin embargo, ella reconoce la necesidad de contar con este servicio: “ellas (las instituciones) son una ayuda para las personas mayores”.

La fuerza de las instituciones públicas, sobre todo como reflejo de la época que le tocó vivir a esta persona, todavía son una especie de símbolo de seguridad para la sociedad.

Por otra parte, Doña G también se refugia en la Iglesia, donde encuentra a otras personas con quienes puede conversar: “Son muy necesarias. La iglesia, principalmente, es como un sostén para las personas mayores que se vuelven ya muy religiosas. Pienso que tener una amistad de la iglesia si es bueno”. Pero incorporarse a otros servicios dirigidos a las personas adultas mayores, no lo haría, porque no tiene tiempo; es más, dice que los desconoce.³

La percepción de la Sra. G respecto de su vejez está directamente relacionada con los cambios físicos que empezó a experimentar como resultado de su desgaste corporal: “empieza uno a sentirse mal, el cuerpo empieza a decirlo”. Ni el convertirse en abuela ni la muerte de su esposo tuvieron tanto impacto en su vida como al parecer lo tienen los cambios físicos que comenzó a sentir después de haber trabajado duro durante toda su vida. Además, su intensa actividad reproductiva contribuyó, en gran parte, a resaltar el cuerpo como el principal espacio de cambio en esta nueva etapa. Algunos estudios señalan que en los deportistas el proceso de envejecimiento se aprecia más marcadamente en el cuerpo, es decir, es más fácil percibir el cambio corporal a partir de un alto rendimiento físico. La evidencia cualitativa permite sugerir lo mismo en casos como el trabajo doméstico y la actividad reproductiva, los cuales pueden agotar y desgastar el cuerpo femenino.

También se advierte en las respuestas de la entrevistada cómo el proceso de envejecimiento está asociado con una percepción de carga social: Doña

3 En muchos casos, quienes elaboran los programas públicos para esta población son incapaces de pensar en las múltiples necesidades de su avanzada edad.

G no siente que los jóvenes la respeten, sentimiento que puede ser generado por el contacto social en una época que enaltece la apariencia juvenil y venera lo utilitario. El choque intergeneracional es lo esperado cuando se confrontan las funciones de los individuos enmarcadas en un sistema capitalista basado en el trabajo. El desplazamiento en el mercado de trabajo provoca una progresiva exclusión social, que se manifiesta más claramente mientras más avanzada es la edad de las personas

Vivir sola

Único caso: Jefa de su hogar, sector popular, generación avanzada.

Antecedentes biográficos

Doña W tiene 81 años, nació en el estado de Hidalgo en 1917, y vino a radicar al Distrito Federal a la edad de 10 años. Ella fue parte de una familia muy extensa de 12 hermanos, pero actualmente sólo sobreviven dos. Cuando era niña vivía con sus padres; a la muerte temprana de su madre, escapó de su casa a la ciudad de México, donde empezó a trabajar en el servicio doméstico. Su primera patrona fue quien la educó, a veces a costa de golpes: *"tenía yo que estar ahí forzosamente, con ella, no importaba la forma como me tratara... tenía que estar ahí, con ella"*.

La Sra. W. se unió a los 19 años a un panadero que trabajaba cerca de la casa donde ella vivía. Con él procreó tres hijos, de los cuales sólo sobrevive uno que actualmente tiene 48 años; tiene también cinco nietos y un bisnieto.

Ella vive en un terreno que es de su propiedad, pero la anterior esposa de su hijo la ha despojado paulatinamente, al grado de arrinconarla en el traspato de su propio terreno. Además, la casa que habita no cuenta con servicios de gas, luz ni drenaje, sólo tiene agua, y el sanitario es provisional (una alcantarilla mal tapada).

Desde la muerte de su esposo, la Sra. W se dedicó al lavado de ropa ajena, en cuya actividad duró cerca de 22 años. La mantuvieron en este trabajo tanto tiempo sus necesidades y las deudas que contrajo su esposo y que luego heredó a la familia, las cuales debieron ser pagadas por el único hijo sobreviviente de la pareja, apoyado por su madre. El trabajo para esta señora fue una amarga experiencia: *"me costó lágrimas. Cuando lavaba, mis lágrimas caían en el lavadero"*. Pero dejó de trabajar, porque, según dice, fue objeto de una golpiza que le propinó su propia nieta, y le lastimó las costillas. Desde entonces, no tiene manera de conseguir dinero y debe limitarse a la pensión que le dejó su esposo



para sobrevivir. Sus familiares, sobrinos y cuñados le perdieron la pista; ni siquiera saben dónde vive. Con sus hermanos no mantiene comunicación; sabe de sus sobrinas, pero no las frecuenta, y aunque en la casa donde vive actualmente residen también otros familiares, éstos nada comparten con ella. Por su parte, a sus 81 años sólo espera pronto poder descansar.

De la fragilidad de los roles femeninos en la vejez (conclusión)

La situación de Doña W es realmente alarmante. A pesar de las difíciles condiciones que desde niña vivió, la etapa de su infancia puede considerarse como estable, pues tuvo la oportunidad de conseguir cierta protección de gente extraña que contribuyó a su crianza a cambio de trabajo infantil.⁴ Durante su matrimonio también tuvo una vida estable. Pero, a la muerte de su esposo, su condición económica decayó, a tal punto, que se vio en la necesidad de volver a trabajar. En cuanto a sus relaciones familiares, debido a que no las alimentó, poco a poco se deterioraron hasta que perdió todo contacto. Sus descendientes ahora resultan sus propios victimarios, al grado de que sufre un despojo paulatino y humillante.

Este tipo de mujeres solas, con muy limitada descendencia y con una forma tradicional de vida dependiente del esposo, al quedar viudas también quedan en el desamparo de propios y extraños.

Lo cierto es que esta mujer no logró consolidar una relación estrecha con sus parientes. Ellos, aunque numerosos, no forman parte de un sistema de apoyo que le proporcione auxilio en caso de emergencia.

4 Este tipo de estrategias eran muy frecuentes en el México de los años cuarenta y cincuenta. De hecho, de ahí viene la palabra "criada" como una denominación a las niñas que crecían "bajo el amparo" de personas no-familiares, quienes les brindaban techo y comida a cambio de trabajo doméstico, término que fue similar al de "arimada" y que comenzó a tener un significado peyorativo de menosprecio a las trabajadoras domésticas de la actualidad.

Muchas de las mujeres que viven solas a veces adoptan estas actitudes porque no tienen la estructura familiar para compartir con alguien el espacio de manera saludable. En el caso de la Sra. W, aunque es propietaria de su vivienda, tiene graves conflictos familiares —más comunes de lo que uno puede pensar— que la mantienen alejada de sus parientes más inmediatos. Disfruta, sin embargo, de una pensión por viudez, que aunque raquítica es fundamental para su sobrevivencia. La presencia de su único hijo en su vida diaria es muy rara y su calidad de vida es realmente mala. Doña W vive sola, no por opción sino porque las circunstancias así la obligaron.

Contrariamente a lo que se ha escrito en otros documentos, existen mujeres que viven solas y que no cuentan con una red de apoyo social ni familiar. El descenso de la fecundidad en las mujeres de generaciones más jóvenes, la dificultad de ahorrar y el alejamiento de la familia, dan lugar a que este tipo de circunstancias sean cada vez más comunes. Hoy las mujeres tienen menos hijos y la ausencia de mejores condiciones económicas y familiares no sólo aleja a los parientes sino que los vuelve agresivos, propiciando el maltrato y diversas modalidades de violencia intrafamiliar.

Las generaciones jóvenes ven muy poco probable la adquisición de bienes raíces, a menos que éstos les sean heredados por sus padres, abuelos o esposos. Además de que el ahorro en estas generaciones es poco usual.

Este caso muestra que las mujeres, aunque cumplan ampliamente con el rol que la sociedad les asignó, rara vez son redituadas con una seguridad en su vejez. Pero también evidencia que vivir cerca de la familia y tenerla en amplio número no garantiza una fuente de apoyo. Las circunstancias familiares, los mecanismos para la solución de los conflictos así como el tipo de relaciones que se establece entre

familiares son aspectos que se suman a las condiciones económicas tanto del adulto mayor como de sus descendientes. En ese sentido, los aspectos materiales y los factores derivados de las relaciones familiares (tipo de afectos, naturaleza de los conflictos, temperamentos, adaptabilidad y respeto) pueden incidir en la situación de las personas de edad avanzada. Las mujeres ancianas en la ciudad de México pueden experimentar una constante de vulnerabilidad desde su infancia, que se consolida en la vejez; pero esta situación también puede ser producto de transiciones específicas durante el curso de vida.

6. Reflexiones finales y conclusiones

Las historias de vida que aquí se presentan hacen evidente que la condición de género y la trayectoria familiar e individual condicionan la situación femenina en la vejez. En dos de los casos presentados, la dependencia del cónyuge o de los hijos hizo cada vez más vulnerables a esas mujeres conforme pasaban los años. La muerte o el abandono de los padres, del esposo o de los hijos pudieron ser vivencias dramáticas que sellaron la trayectoria personal de esas mujeres y determinaron lo inestable de su situación familiar y económica en la vejez. No obstante, a pesar de tener familiares, e incluso de residir junto a ellos, algunas mujeres no cuentan con un apoyo familiar constante que les permita garantizar su bienestar en esta etapa de la vida. Más preocupante aún es esta situación para las mujeres que viven solas. Su sistema de apoyo puede considerarse más débil en comparación con las mujeres que tuvieron más hijos o que viven en compañía de alguno de ellos. Incluso, se podría afirmar que algunas mujeres solas se encuentran en una situación de vulnerabilidad sólo compatible con la de la población indigente. Pero ellas, en algunos casos, no están acostumbradas a recibir ayuda ni a pedirla, esperan la iniciativa familiar, pero de ninguna manera la compasión de otros. El único recurso posible en esta etapa de su vida puede ser el apoyo extradoméstico de familiares y amigos. No obstante, esto implica haber construido una relación de cercanía con ellos.

Sin duda, las condiciones históricas también tuvieron un impacto en la vida de estas mujeres. El difícil acceso a la educación las convirtió en seres susceptibles cuyo único espacio posible era el servicio a los demás; su condición de género las colocó como servidoras de sus padres, esposo e hijos. Su preocupación era ser buenas hijas, esposas y madres, pero no se percataron de su futuro incierto. El haber sobrevivido a sus padres y esposo las ha dejado inermes ante la generación de nuevas necesidades sociales e individuales. El abuso, la negligencia,



el abandono y la ignorancia, están presentes en su vida.

Este trabajo, más que un simple informe estadístico, pretendió ser una interpretación de las experiencias y relatos que unas mujeres de edad avanzada nos hicieron sobre su vida. Ellas representan el último peldaño de una estructura social reproductora de la desigualdad y de la subordinación femenina.

La mayor longevidad, como máximo logro de la humanidad en este siglo, no tendría sentido si no se consigue que la vida antes de la muerte sea digna.

Concluyo que la situación de los adultos mayores no puede evaluarse a partir de un análisis transversal que elimine su historia de vida. Esto significa que políticamente no sólo debemos pensar en la población adulta mayor actual sino también considerar la población que llegará a ser adulta mayor en el futuro. La frase propuesta por las Naciones Unidas de una sociedad para todas las edades, tiene en el fondo este mensaje filosófico: pensar tanto en los actualmente ancianos como en aquellos que día a día construyen sus condiciones futuras. Pero en esta construcción participan tanto el individuo con su capacidad de decidir como las familias, la comunidad y el Estado.

De ahí se infiere que el proceso de envejecimiento implica un análisis de los diversos ámbitos del desarrollo humano, complejidad que sólo puede abordarse con una metodología de largo alcance que interprete los procesos y los significados. Asimismo, es fundamental tener una perspectiva de género que conecte los dilemas feministas con los planteamientos del envejecimiento individual, social y demográfico. **ts**

Bibliografía

Arber, Sara y Jay Ginn, *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico*. Narcea, S.A. Ediciones, Madrid, 1996

Arizpe, Lourdes, "La migración por relevos y la reproducción social del campesinado", en *Cuadernos del CES*, núm. 28, 1990

Comasortega Cruz, Sergio "Demografía del envejecimiento de la población mexicana, 1950-2050", en *Seminario sobre envejecimiento demográfico en México*, Somede, México, 1993 (mimeo)

Cano, Gabriela y Verena Radkau, "Lo privado y lo público o la mutación de los espacios (historia de mujeres, 1920-1940)", en Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, *Textos y Pretextos* COLMEX, México, 1994, pp. 417-462.

DDF, *Ciudad de México. Los indigentes. Resumen Ejecutivo 1996*. Estudio censal sobre la dimensión, naturaleza y situación de la indigencia adulta en el Distrito Federal, Departamento del Distrito Federal, 1996.

De Barbieri, Ma Teresita, *Mujeres y vida cotidiana. Estudio exploratorio en sectores medios y obreros de la ciudad de México*, UNAM, México, 1985

Denzin, Norman e Yvonna S. Lincoln, "Introduction: Entering the field of qualitative research", en Denzin y Lincoln (eds.), *Handbook of qualitative research*, Sage Publications, 1994

García, Brigida, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira, "Migraciones internas y grupos populares urbanos, ciudad de México (1950-1979)", en Urquidí, Víctor y José B. Morelos (comps.),

Población y Desarrollo en América Latina. El Colegio de México, 1976, 393-412.

Gomes, Cristina, "El envejecimiento poblacional y las formas de residencia en México", en *Papeles de Población*, CIEAP/UAEM, octubre-diciembre, 1997.

Guba, Egon G. y Yvonna S. Lincoln, "Competing paradigms in qualitative research", en Denzin y Lincoln (eds.), *Handbook of qualitative research*, Sage Publications, 1994.

Gutiérrez, Luis Miguel, "Evaluación de instituciones de cuidados prolongados para ancianos en el Distrito Federal: Una visión crítica", en *Salud Pública de México*, Nov-Dic., vol. 38, núm. 6, 1996

Halfpenny, Peter, "The Analysis of qualitative data", en *Sociological Review*, vol. 27, núm. 4, 1979.

Ham, Roberto, "De la solidaridad intergeneracional a la privatización de las pensiones", en *Demos, Carta Demográfica sobre México*, 1996, pp. 36-37.

Ham, Roberto, "La insuficiencia de las pensiones por vejez", en *Demos, Carta Demográfica sobre México*, México, 1993

Höhn, Charlotte, "The family life cycle: Needed extensions of the concept", en Bongaarts, J., Burch, Thomas K., y Wachter, Kenneth W., *Family demography. Methods and their application*, Clarendon Press, Oxford, 1987

INEGI, *XII Censo General de Población y Vivienda 2000*, Tabulados Básicos, Distrito Federal, INEGI, México.

Jelin, Elizabeth, et al., "Un estilo de trabajo: la investigación microsocial", en Corona, Rodolfo, et al., *Problemas metodológicos en la investigación sociodemográfica*, PISPAL-COLMEX, México, 1986.

López Barajas, Ma de la Paz, "Contextos domésticos de la población anciana", en *Seminario sobre envejecimiento demográfico en México*, Somede, 1993 (mimeo)

Martin, Linda G. y Kevin Kinsella "Research on the demography of aging in developing countries", paper prepared for the Workshop on Demography of Aging, Committee on Population, National Academy of Sciences, Washington, D. C., Diciembre 10-11, 1992, 61 pp

Martínez, Carolina, "Introducción al trabajo cualitativo de investigación", en Szasz, Ivonne y Susana Lerner (comps.), *Para comprender la subjetividad: Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*, El Colegio de México, México, 1992, pp. 33-57

Montes de Oca, Verónica, "Envejecimiento en México. Condición social y participación económica de la población con 65 años y más en la ciudad de México, 1992", Tesis de maestría en demografía, COLMEX, 1995

——— "Envejecimiento demográfico en México: Experiencia institucional y situación de la población con 60 años y más en la ciudad de México", en Cordera, Rolando y Alicia Ziccardi (coords.), *Las políticas sociales de México al fin del milenio: Descentralización, diseño y gestión*. Facultad de Economía, Coordinación de Humanidades, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, Miguel Ángel Porrúa, México, 2000, pp. 419-456

Reyes, Laureano, "El contexto cultural y económico del envejecimiento: El caso de los zoques de Chiapas", en *Envejecimiento demográfico de México. Retos y perspectivas*, Conapa, México, 1999, pp. 87-108

Szasz, Ivonne y Susana Lerner, *Para comprender la subjetividad: Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*, El Colegio de México, México, 1996.

Tallman Irving, "Social history and the life-course perspective on the family: A view from the bridge", en James Short F. Jr. (ed.), *The Social Fabric Dimensions and Issues*, American Sociological Association, Presidential Series, Sage Publications, USA, 1986, 255-283

Tuirán, Rodolfo y Rebeca Wong, "Transferencias familiares en el envejecimiento", en *Seminario sobre envejecimiento demográfico en México*, Somede, 1993 (mimeo).

——— "Life course and social structure", 1990 (mimeo).

Varley, Ann y Maribel Blasco, "Reaping what you sow? Older Women, Housing and Family Dynamics in Urban Mexico", 1998 (mimeo).